

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 2º después de Navidad)

“ En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Por medio de ella se hizo todo y sin ella no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan, este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era la luz, sino el que daba testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que alumbró a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba, el mundo se hizo por medio de ella y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado su gloria , gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad . Juan da testimonio de él y grita diciendo: “Este es de quien dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo”. Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”

(Jn. 1,1-18)

El prólogo del Evangelio de Juan, nos ofrece un texto clave para contemplar, adorar y agradecer el misterio de Jesús. Misterio de Dios mismo, que se comunica y se expresa por la Palabra en quien está la Vida desde siempre, vida que es luz que ilumina toda tiniebla.

Dios, por su Palabra, quiere acercarse al mundo, y la Palabra se hace carne en Jesús. Jesús es Dios, el rostro humano del Padre Dios.

En Jesús se ha hecho presente el Dios hospitalario, que se hace huésped del mundo, que lo acoge y quiere ser acogido por él. En Jesús encontramos al Dios de la Misericordia que levanta y libera, que sana y perdona, que se entrega hasta el límite y lo hace desde la fragilidad, desde la pequeñez. Jesús es el rostro humilde de Dios.

Que la Palabra se hace carne quiere decir, que ama la realidad del hombre, de tal manera, que la hace presencia de sí mismo, que se hace amigo de la vida, compañero del mundo.

“Vino a su casa y los suyos no lo recibieron”. Sólo los humildes y los pobres le abrieron su casa y su corazón. Y nosotros, que nos consideramos de los suyos, cómo lo recibimos?. ¿Nos sentimos radicalmente necesitados de salvación o nos creemos salvadores que manejamos la realidad según nuestros criterios?. ¿Nos abandonamos en el misterio de la pequeñez o seguimos dominando desde nuestras seguridades , desde nuestros intereses personales?. ¿En qué rostros concretos de nuestros hermanos más débiles lo recibimos?.

Que al entrar en comunión con la Palabra, volvamos a saborear la Vida que nos plenifica. Que en Jesús, misterio de la Presencia y la Salvación, nos encontremos caminando con todos los que aún creen que el mundo, con el que Él soñaba, es posible. Y nos comprometamos por hacerlo realidad.

ORACIÓN

En silencio, ante tu misterio,
acogiéndote como Palabra
hecha Luz, Vida y Salvación,
vengo, Señor Jesús
a contemplar, adorar, a bendecir,
a dejarme invadir por tu presencia
para que ilumine, transforme, unifique
todo mi ser en ti.

Para compartir y alentar nuestro camino,
te has hecho carne, Señor.
Te has hecho presente en el pan y en el vino,
en la fábrica y en la siega,
en la soledad y en el abrazo,
en el fracaso y en el esfuerzo compartido.
Has asumido nuestros temores,
llorado con nuestras penas,
dudado con nuestras dudas,
gozado con nuestros logros,
soñando con nuestros sueños.
Y has seguido impulsando,
desde dentro y desde abajo
el cambio de corazones y estructuras
para ir haciendo, Reino.

Que también nosotros, Señor,
nos pongamos en la piel de nuestros hermanos.
Que estemos cerca de su realidad, de sus necesidades.
Que amemos la vida que nace y se recrea, cada día,
que nos duela el dolor de la gente,
y compartamos el esfuerzo y la alegría
de sus avances y progresos.

Que nos preguntemos
si nuestra vida
se hace carne y compromiso
para recibir, acompañar, alentar,
compartir con los más débiles y necesitados
que necesitan y esperan una puerta abierta.

Viniste, Señor a los tuyos, y los tuyos no te recibieron.
No te recibimos
cuando cerramos puertas,
mantenemos silencios,
creamos diferencias.
Cuando compadreamos con los fuertes y poderosos
y dejamos en la intemperie
a los humildes y a los pobres.

Que te recibamos, Señor, como los pastores,
en la noche y entre el rebaño.
Que la alegría de la Buena Noticia que nos desborda,
se haga serenidad y paz, testimonio y anuncio.
Que te recibamos siempre,
aunque trastoques nuestros planes,
nuestras seguridades, nuestros privilegios.

Que recibamos al que viene contigo y como tú,
frágil y vulnerable,
pequeño y pobre,
desplazado y rechazado.
Que contemplemos
respetuosos y descalzos,
los rostros de los que recibimos,
las causas por las que luchamos,
los sueños que compartimos.

Que sigamos en camino y buscando,
como los magos,
la luz y la salvación en Ti .
Que adoremos
humildes y en silencio,
tu Presencia frágil y encarnada
y que sigamos descubriendo
con el corazón y el compromiso,
que ése es el camino que reconcilia y libera, que salva,
que unificará a todos los hombres
y a todos los pueblos en ti.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

